



SAN PEDRO PASCUAL

Pedro Pascual es el hombre peculiar para tiempos críticos y misiones singulares. En el consuelo siglo XIII.
Para una España en ebullición.

Nace en Valencia, hacia 1227, de familia mozárabe.

El ambiente hostil y una acrisolada formación doméstica le nutren de una fe tenaz y contrastada. La pugna interna de los musulimes valencianos, el merodeo de los señores cristianos ávidos de caer sobre la Ciudad del Turia, el acoso reconquistador desde 1232, ahogan a la menguada comunidad mozárabe del portal de Valdigna. Aunque niño, Pedro recibe el impacto de los acontecimientos. Los Pascual viven intensamente la campaña de Jaime I, soportan inculpaciones de connivencia, respiran finalmente el 9 de octubre de 1237.

En su hogar está frecuentemente Pedro Nolasco.

Como redentor de cautivos, el Fundador de la Merced disfruta de inmunidades y salvoconductos, pues su caridad reporta buenas ganancias a los esclavistas musulimes. Esta presencia marca la personalidad de Pedro Pascual, que, cuando pueda exteriorizar sus creencias y dar rienda suelta a su fe, aún muy joven, opta por el clericalato, y, satisfecho el proceso de su formación, es ordenado presbítero el servicio de la iglesia catedral valenciana. Era una gran adquisición para Iglesia local, que le honra con una canonjía.

Pero le seduce el modelo, comprometido y generoso, de la Merced.

En 1249 pide el ingreso en la Familia de Nolasco. La vieja relación con el rey don Jaime, patrono de la Orden, se estrecha ahora más; hasta tanto que en 1261 el Soberano le encargue la educación de su hijo el infante don Sancho. Pedro le participará saber, le contagiará de piedad y acompañará a Toledo, cuando sea nombrado arzobispo, permaneciendo a su lado hasta su muerte en 1275.

Pedro Pascual se acredita en su Orden y se gana gratitudes en la Corte.

Será reiteradamente designado redentor de cautivos, recibe el beneficio de la abadía de San Miguel de Trasmirás, despacha en Roma asuntos de la Corona y de la Orden, y estando estando en la Ciudad eterna, el 13 de febrero de 1296 Bonifacio VIII lo nombra obispo de Jaén. Ordenado de inmediato por el cardenal Aquasparta, marcha aquel mismo año para su diócesis, a cuya pastoral se entrega con denuedo.

En 1297, seguramente por septiembre u octubre, caía cautivo.

Cuando giraba visita pastoral a su diócesis, saltó sobre él una algaría de moros granadinos, viniendo él y séquito a dar con sus huesos en las mazmorras nazaríes. No corría riesgo, era sólo cuestión de dinero, prenda de substancioso botín. El papa Bonifacio VIII, la Iglesia de Jaén, la orden Mercedaria se movilizaron para procurarle la libertad; hasta dos veces le llegó el precio del rescate. Pero Pedro descubrió en los baños árabes su auténtica vocación, la razón de su vida, el compromiso de su voto mercedario. Encontró harta miseria, excesiva abyección, escalofriante apostasía; no podía irse, pagando una fortuna, y dejar allí aquellos precitos.

Y se quedó.

Porque era tan cualificado, le dispensan cierto respeto y un buen grado de autonomía. Pedro se aprovecha. Fustiga a los renegados, sostiene a los cautivos periclitantes, clama contra los atropellos, suscita a los adormecidos, insulta a Mahoma. Y, porque no podía ser de otra manera, los radicales exigen su muerte. El 6 de diciembre de 1300 le cortaron la cabeza, lo esperaba y lo pretendía. Era el modo radical de remover las conciencias.